

QUIJOTE WELLES



QUIJOTE WELLES

Agustín Sánchez Vidal

Fórcola/Ficciones

Directores de la colección:

Amelia Pérez de Villar y Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Orson Welles y Akim Tamiroff en el Bois de Boulogne de París,
en enero de 1955, durante las pruebas de rodaje del primer
Don Quijote © Oja Kodar / Klissack

© Agustín Sánchez Vidal, 2020

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-4982-2020

ISBN: 978-84-17425-52-4

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Para Ana

CAPÍTULO UNO

La sombra inmóvil

1

El rústico talonea impaciente arreando a su burro. Atraviesa páramos, tierras de labor. Se afana de monte en monte y de valle en valle. Baja por un barranco para atajar hasta el camino.

Sigue sus roderas hasta que, de pronto, tira de las riendas y se detiene. Mira al suelo. Ha visto algo.

Salta del rucio, se agacha hasta el polvo y recoge un guantelete de malla. Lo examina. Aunque le falta algún dedil, parece reconocerlo. Otea el horizonte, haciendo visera con la mano para proteger los ojos del sol cegador. Se remueve angustiado. Regresa hasta su asno y sube en él.

Pregunta en cortijos y campamentos de gitanos. Manotea ante arrieros, pastores y labriegos, dibujando en el aire la figura del hombre que busca. Ellos niegan con la cabeza.

Al llegar a la pequeña ciudad, la gente apenas le presta atención. No se detienen cuando trata de abordarlos. Aprietan el paso.

Alcanza a ver la torre de la iglesia. Se encamina hacia allí. Entra en la plaza, donde le llega el olor de la fritanga. Está muerto de hambre, le rugen las tripas, casi sucumbe a la tentación. Pero sigue adelante. La tarde está cayendo y debe encontrar a su amo.

En una calle se tropieza con el jamelgo sujeto a una farola. Es él, sin duda, Rocinante. Relincha mientras lo acaricia, el animal también lo ha reconocido.

Sobre la marquesina se enciende un letrero: CINE CERVANTES. Un gran cartel ocupa buena parte de la fachada. Le sorprende verse pintado en él, junto a su amo.

Cuando entra, el vestíbulo está desierto. Oye risas tras una puerta. Al franquearla, se encuentra con una sala a oscuras, taladrada a todo lo largo por un chorro de luz que surge de arriba y se proyecta contra un lienzo. Quienes abarrotan el lugar parecen abandonados al desfile de sombras que salpica aquella sábana.

El rústico se reconoce: las imágenes en blanco y negro lo muestran cabalgando junto al escuálido hidalgo. Recorren la llanura de la Mancha, hasta llegar a una venta.

En el patio de la posada bulle una función de títeres. Suena la música, el delicado baile cortesano que acompaña a la dama, el encendido canto del caballero: «¡Oh Dulcinea, señora de mi alma; día de mi noche, gloria de mis penas, norte de mis caminos, dulce prenda y estrella de mi ventura!».

Tantea en la penumbra. Da un traspiés y cae sobre un grupo. Le empujan y gritan para que deje de molestar. Logra alcanzar un asiento vacío. El de detrás le toca en el hombro para que se quite el sombrero: no le deja ver.

Amaina la música. En su lugar, retumba una voz caudalosa:

—La verdadera historia que a vuestas mercedes se representa en este retablo es sacada al pie de la letra

de las crónicas y los romances. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, cautiva en poder de los moros, en una de las torres del alcázar de la Aljafería, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces Zaragoza... Está en los miradores de la torre cuando acierta a pasar don Gaiferos encubierto con una capa gascona. Y cuando ella le pregunta por su esposo, él se descubre, ella rompe en ademanes alegres y se descuelga del balcón para ponerse en las ancas de su caballo... No faltan algunos ociosos ojos que advierten la bajada de Melisendra, de lo cual dan noticia al rey moro, quien manda luego tocar alarma. Ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan...

—¡Eso no! —interrumpe don Quijote en la pantalla dirigiéndose al titiritero—. En esto de las campanas anda muy impropio, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de chirimías o dulzainas.

Corrige entonces el narrador:

—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y tambores... Me temo que ya los alcanzan y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo...

Desde su butaca, el rústico siente el alboroto que viene de las primeras filas. Gritan a alguien que se ha levantado. Un hombre flaco que, tras desenvainar su espada, la dirige ahora contra aquel gran lienzo, mientras grita:

–No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a don Gaiferos. ¡Dete-neos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla!

El escudero reconoce a su amo. Se pone en pie y avanza por el pasillo en penumbra tratando de llegar hasta él.

Pero es demasiado tarde. Otros se han alzado de sus asientos y se arremolinan impidiéndole el paso.

Entre tanto, don Quijote esquivo a quienes intentan retenerle. Se abre paso blandiendo su arma y logra subir al escenario.

Sancho se mesa los cabellos mientras su señor lanza una lluvia de estocadas, mandobles y reveses que destrozan el lienzo. Sus girones se desflecan y dejan al descubierto un bastidor de hierros y maderas.

Las imágenes en blanco y negro se proyectan sobre el caballero, que pelea contra su propia efigie deshecha en astillas de luces y sombras. De los altavoces que hay tras la pantalla sigue saliendo aquella voz:

–Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas. Mire, pecador de mí, que me destruye el retablo y echa a perder toda mi hacienda.

La columna de luz vibra desde lo más profundo, con un sonido estremecedor. Las imágenes parecen atascarse contra el celuloide, hasta romperlo e irrumpir en el flujo luminoso del proyector, que atraviesan en volandas. Se dirían dos jinetes sobre un caballo de madera estrellándose contra los restos del lienzo.

La película se ralentiza y quema, el sonido se ahueca y engola hasta replegarse sobre sí mismo. El chorro de luz brota ahora con toda crudeza, deslumbra y atropella al hidalgo.

El caballero sigue agitando la espada. Pero su sombra, que se proyecta sobre el suelo y la pared del fondo, está yerta, inmóvil.

2

Los Ángeles, California, 7 de mayo de 1985.

A menudo se acuesta hecho un don Quijote y se despierta convertido en Sancho Panza. Como ahora. Se siente un náufrago arrojado a la misma playa. Un *déjà vu*. La escena que todavía reverbera en su duermevela se parece a la que él rodó hace muchos años, más de un cuarto de siglo. Pero ha cobrado vida propia. O quizá debería decir muerte propia. En su secuencia, el hidalgo arremetía contra una película de Hollywood. Por el contrario, en la pesadilla parece desquitarse de él, de Orson Welles, reescribiendo sus fotogramas con la espada, proclamando: «¡Yo sé quién soy!».

Le desconcierta el final. Ese sueño que lo ha perseguido a través de países y continentes. En él se ve a sí mismo caminando de noche por calles mojadas. La luz de un reflector le acomete por el costado, proyecta una larga silueta. Se aparta, apresura el paso, trata de esquivar el fognazo. Pero éste continúa tras él. Ha de arrastrar su sombra, que remolonea alargándose y encogiéndose como un reptil al restregarse

por adoquines y paredes. Hasta que, de pronto, deja de seguirle. Ya no avanza. Abrumado por oscuros presagios, echa a correr, cada vez más deprisa. Sin embargo, su sombra queda atrás. Sujeta al suelo y a los muros, se agita en espasmos acalambrados, sin lograr desplazarse. Aquel grumo de negrura alza los brazos, patalea, parece negarse a secundar a su dueño en tan aciago destino. Finalmente, la sombra se rinde, permanece inmóvil. Y él siente que algo terrible está a punto de sucederle.

Ha tratado de librarse de esa pesadilla introduciéndola en su cine. Ya lo hizo en el guion de *El extraño*, pero no le dejaron rodarla. En la película sólo se contaba de viva voz. Se las arregló para recuperarla en *El tercer hombre*, cuando su personaje, Harry Lime, huye por las calles de Viena hacia las alcantarillas, donde perecerá como una rata. También lo hizo en *Mister Arkadin*: la sombra del perseguido se proyecta, inmensa, contra un contenedor del muelle de Nápoles poco antes de ser tiroteado. O en *El proceso*, donde Joseph K. visita al pintor Titorelli y escapa por un corredor laberíntico, perseguido por los aullidos de las niñas-arpías, mientras su cuerpo es asaetado por destellos de luz, parpadeos que le agujijonean y dejan atrás su sombra entrecortada e indefensa.

¿De dónde le viene ese sueño? Ya lo tenía, apenas un niño, en su lejana Kenosha, antes de adentrarse por el País de Nunca-Jamás, donde las sombras iban por libre. ¿Cómo olvidarlo? Peter Pan hace su primera visita a la casa de Wendy. Todos duermen, menos la perra Nana, que lo oye y se acerca. Muerde su sombra,

la dentellada la separa del cuerpo. La madre de Wendy la encuentra y la guarda en un cajón. Peter la recupera y quiere pegársela a los pies. Imposible. Wendy se la cose a las suelas: ¿a dónde va alguien sin sombra? Terminaría sepultado en tierra de nadie, como advierte Anna, la novia de Harry Lime, al trazar su epitafio en *El tercer hombre*: «Él nunca se hizo mayor. Fue el mundo el que envejeció en torno suyo y acabó enterrándole».

¿No se habrá quedado adherido a su infancia? Las demasiadas hadas sobre su cuna quizá le impidieron ser un niño como los otros. Lo mismo le sucedió en Hollywood con *Ciudadano Kane*, cuando pusieron en sus manos el tren eléctrico más caro del mundo, aquel juguete llamado cine. Y al empezar desde lo más alto sólo pudo pasar el resto de la vida trabajando concienzudamente en su caída.

Se pregunta por qué ha malgastado los últimos treinta años tratando de acabar aquella película sobre un loco que creía ser caballero andante. Ha llevado los rollos de su *Quijote* en las maletas, de aquí para allá, convertido en cineasta errante. Le han acusado de ser una Penélope de la moviola, un enfermo del montaje. Las latas que contienen esa obra inacabada han ido quedando desparramadas en laboratorios o guardamuebles, bloqueadas por aduanas, impuestos o litigios. Mientras él, allí, en Los Ángeles, se las ve y se las desea para poder pagar las facturas cada mes. Quizá por eso ha caído en aquella trampa.